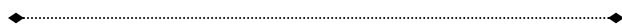
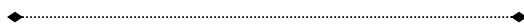


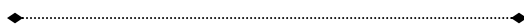
Juan Esteban Peláez



LA CANCIÓN GLACIAL



Poesía y Prosa



Contenido

AL LECTOR	5
SIGUE ADELANTE	7
EL MARCAR DEL TIEMPO	7
EL CAMPANARIO	8
EL TERRIBLE TEDIO	9
EL CADÁVER DE UN ÁNGEL	10
LA LLUVIA	11
UNA TRISTE AMISTAD	11
EL PODER DE LA MENTE	12
LA DAMA ARROGANTE	12
BAJO EL ATARCEDER	13
LA DAMA DEL BARCO	14
CONFESIÓN	15
UN MÁGICO CUADRO	15
EL ESPANTO	16
VENGANZA	17
A LA SOMBRA DEL ÁRBOL	17
ENCANTAMIENTO	18
GUERRERA	18
EL TRASNOCHO	19
MUSA	19
INALCANZABLE	20
LOS CELOS ENFERMIZOS	20
EL ANCIANO DEL MUELLE	21
LA JUERGA	21
EL RECUERDO	22
EL CULTO	22
DESPRECIO	23
EL REMORDIMIENTO	23
EL MONSTRUO DEL POZO	23
BAJANDO DE LAS ESTRELLAS	24
LA GÁRGOLA	25

EL GRITO DE LOS BLASFEMOS	26
CUANDO LLEGAS	26
LA HAMBRUNA Y LA PESTE	27
REPARACIÓN	27
EL CEMENTERIO	28
SASKIA	28
EL CONSEJO	29
LA CITA	29
MUJERIEGO	30
LOS DOS ASTROS	30
NO LO SABÍA	31
SU PARTIDA	31
SOBREMERECEDORA	32
SU VOZ	32
EL AUTOESTIMA A PEDAZOS	33
EN EL MOLINO	33
INTRANQUILIDAD	34
PEQUEÑO SONETO	34
TU RESPUESTA AIRADA	35
A TU LADO EN EL PROCESO	35
PLEGARIA A ARADIA	36
LA DECADENCIA DEL EGO	37
SALEM	37
POEMA DE AMOR	38
LA HUMANIDAD PERDIDA	39
TU REGALO	39
PREMONICIONES	40
LAS DOS TERRIBLES COMPAÑERAS	43
ATAQUE DE ANSIEDAD	43
LOS MUNDOS PRODUCIDOS POR LA MUJER	44
LA CANCIÓN DEL JUEGO	47
LAS SIETE BESTIAS (<i>Septem Bestias</i>)	50
EL OCASO DE CUPIDO	52
LA BIENVENIDA	53

LA PIEDAD NEGRA.....	53
EL CASTILLO	53
LA ESTATUA.....	55
LA MÚSICA DE LOS ARQUITECTOS	56

AL LECTOR

La Canción Glacial es, en esencia, una recopilación de poemas y prosas que busca convertir al lector en una persona sinestésica, donde a partir de frases se puedan visualizar sentimientos, darles color a simples letras y causar impacto sólo con palabras. No es propiamente un libro de historias detalladas, en vez, es una composición a modo de sinfonía helada que busca desconectar a todos de una vida caótica y sin sabor. Espero sea de agrado, pero pido sea leído uno o dos poemas al día, pues al tercer poema se puede perder el impacto deseado.

PARTE I

POESÍA

SIGUE ADELANTE

Me gusta como eres,
cómo se te sonrojan las mejillas,
con tus estados repentinos y alterados,
y como suspiras cuando digo: «Te amo».

Me gusta tu cuerpo no tan esbelto
pero a mis ojos perfecto.
Cuando te sonríes con sinceridad
y mis ojos encuentran tus ojos
que son grandes y hermosos.

Me gusta cuando hablas,
sean incoherencias o grandes máximas,
cuando me regañas o felicitas,
cuando me cuidas y acaricias.

Y verte bajo la luna, o bajo el sol,
o bajo el fuego o las lámparas,
acariciarte el rostro mientras callas
y besarte la frente mientras duermes.

Pero si en algún momento la vida te apaga,
y tus sonrisas se sellan
y tus mejillas quedan blancas,
si tus sueños se nublan y te atan cadenas
y de todo esto yo soy culpable,
o si soy incluso sólo parte,
no lo dudes ni un instante:
¡Déjame y sigue adelante!

Sé libre como las aves,
vuela alto por los aires,
nunca dejes que tu sonrisa se pierda,
no dejes que nadie se convierta en tu celda.

No dejes que los cuervos se acerquen,
no dejes que las penas te ataquen,
no pierdas de vista el horizonte distante,
y que ni yo evite que sigas adelante.

EL MARCAR DEL TIEMPO

¡Reloj! ¡Divinidad siniestra y horrible!

Que inmola todo en sus manecillas,
que vive y se agita oscilando la cadena
como una bestia alimentada de arcilla.

Yo he vivido ardiendo a tu sombra,
esperando expulsar tu pesadilla burlona,
mientras veo como robas el perfume
de la belleza en todas sus formas.

Aunque confieso con pena que a veces
doy gracias porque robas de las mujeres
su hermosura a ritmo dulce, lento y perezoso,
liberándome así de ser un esclavo vergonzoso.

Pero sepultas uno a uno a todos nosotros
dándonos, seguro, una vida de ventaja,
borrando de la humanidad el recuerdo
y sin derramar ni una sola lágrima.

¡Reloj! ¡Poderoso terror omnipresente!
Que aplana todo bajo su fuerza,
espero escaparme de ti en algún momento
y surgir del fondo de las antorchas muertas.

EL CAMPANARIO

En lo alto de un campanario tenebroso y abandonado,
rebotante de telas de arañas y suelos empolvados,
en un recinto, miedoso y frío como un glacial,
lúgubres velas emitían y brillo rojo e infernal.

Sobre un tálamo silencioso como los que el tiempo desgarró,
una hermosa mujer descansaba, esbelta y mimada,
como el gato que ronronea a los pies de una reina,
o las flores dulces acariciadas por una bella doncella.

Ella permanecía plácidamente de medio lado,
clavando en mí su mirada de ojos almendrados,
mientras orgullosa, arrogante, con calma y sin presura
narraba con voz de arpa sus pérfidas locuras.

-«Tras una mujer astuta va un batallón de hombres como entes,
como maniquíes desesperados por saciar sus placeres.
Mas ninguno ha tibiado siquiera mis suaves pies,
ni ha entrado a mi ardoroso corazón alguna vez».

Entonces sorbió ávidamente un trago de vino
de una copa de oro, como si bebiera sangre de niño,
y en ese momento me hizo entrar a un extraño sopor,
que destrozó todos mis nervios y mi sangre congeló.

¡¿Cómo describir una pesadilla engendrada por el Mal
cuando el interior se agita y se retuerce como un caudal?!
En vez de la hermosa mujer de ademanes radiantes,
sobre la cama permanecía un esqueleto de colores acres,
causando un chillido agrio mientras tiritaba de frío
y que de sus cuencas emanaba un horrible humor blanquecino.

Permanecía en la misma posición de mi amada,
sentada de lado, cómoda, desdeñosa, aperezada.
y en acto blasfemo arrancóse el corazón de entre las costillas
y con su mano huesuda me lo brindó, como si fuera una amatista.

-«Mas a ti me muestro sin velos, príncipe entre las crueles,
prometiéndote con este rubí que a tu lado veré los atardeceres»-
dijo mientras se desmoronaba ante mí como una estatua de ceniza,
dejándome solo entre esas tinieblas que tanto me atemorizan,
en silencio en el interior de ese campanario siniestro y embrujado,
que, bajo los mares, sólo el infierno su campana ha escuchado.

EL TERRIBLE TEDIO

Con acres colores se pintan nuestros arrepentimientos,
siempre horribles, sin importar la raza,
opacando la bella vista de la vida
y amplificado por el terrible hastío.

¡Oh Satán!, que sin esfuerzo prolongas nuestra locura,
te pido que calmes nuestro vil e implacable tedio,
que nos envíes a la orilla de la noche oscura
donde las sombras de la pereza desaparecen.

¡Quítanos la corona de la desesperanza!
Lanza sobre nosotros el abrazo de la reina virgen,
sácanos el corazón negro al que nada le apetece
para finalmente temer a la muerte, y vivir con orgullo
lejos del vicio de la conformidad insaciable.

EL CADÁVER DE UN ÁNGEL

Caminaba por una bella senda
bordeada de frondosos robles,
cuando de repente me topé
con una imagen repleta de horrores:

Un Ángel yacía inerte
en una zanja poco profunda.
Desprendía un hedor a sangre seca
y su cabello de oro flotaba en una charca inmunda.

Desplumado por completo
a punta de mordiscos
provenientes de perros que hundían en la lívida carne
sus sarnosos y feroces hocicos.

Las moscas rondaban con violencia
el cuerpo necroso y acabado,
y los gusanos formaban colonias
en su vientre ya desfondado.

¿Quién sería capaz de tal atrocidad?!
Me pregunté con extrañeza;
pero a mi alrededor sólo había robles y araucarias
que se mostraban frondosas y esbeltas.

El cielo y el infierno ya no son los mismos,
los hombres dejaron los dioses,
ya la fe ha desaparecido
y surgen las demostraciones.

Ya cadavérico el rostro
se mostraba lúbrico ante el día,
y sus ojos ya eran cuencas
directas a sus delicias.

¿Quién sería capaz de tal atrocidad?!
Mas ante mí estaba la respuesta,
y me agazapé frente al cuerpo a llorar,
pues sabía quién era el asesino de la belleza.

Los hombres ya no creen
lo que se les impone.
¿Quién sería capaz de tal atrocidad?!
Quien a la existencia de los Ángeles se opone.

LA LLUVIA

Se embriaga la noche con cada grito de la tormenta
que se lanza hacia los cielos encapotados
y a mi espíritu alivia de grandes dolores
como a los enfermos cuando la muerte se agudiza.

La noche agarra las calles vencidas
al igual que mi cuerpo cansado del día,
mientras en el balcón caen incesantes
las gotas arruinadas de la lluvia sombría.

Y aunque mi alma se regocija con el sonido
del caer del agua bajo mis cobijas
en verdad mi felicidad es ver tu rostro.

La lluvia allá afuera ruge y brama,
pero tu con tu sonrisa y tus dulces palabras
llena de bienestar mi corazón y mi alma.

UNA TRISTE AMISTAD

¿Recuerdas, amigo mío, la furiosa tormenta,
el rugir de las aguas y el agite de las velas?
Esa misma que a esta seca y muerta isla nos trajo,
y a la que de diez sólo dos sobrevivimos al naufragio.

¡Oh, amigo mío, qué angustiado me encuentro!
Esta isla no es más que un sueño siniestro
del que desesperado estoy por despertar
e ignorar las atrocidades que hice tiempo atrás.

¿Recuerdas, amigo mío, cuando, con pena, dímonos cuenta
que no había comida alguna sobre esta yerta tierra?
¿Recuerdas, alma gemela, la desdicha que sentimos
al no escuchar más que al mar entre nuestros quejidos?

No creo, amigo, que recuerdes la pobre carroña
de la que me alimenté por días sin asco ni misericordia,
al mismo tiempo que las moscas me rompían los tímpanos
al volar estridentes alrededor de tan horrible delirio.

Pero sí debes recordar la lanza veloz y furiosa,

y el grito de dolor que espantó aves y movió las arbóreas copas,
de la sangre que corrió por la espalda de la presa
mientras yo, como demonio, la atacaba con fiereza.

A menudo pienso que la amistad es más una necesidad
que un placer que el hombre puede enteramente disfrutar.
Es casi imposible encontrar un alma bondadosa
que muera por evitar que la supervivencia se imponga.

¡No puedo salir de esta isla, mi amigo querido!
Pues caníbal me llamarían en el mundo de los vivos.
¡Perdóname tú, amigo del alma! ¡Te lo imploro, amado ángel!
Pues el hambre y la locura me impulsaron a vivir comiendo de tu carne.

EL PODER DE LA MENTE

De vez en cuando se debe encadenar a la mente,
pues puede volverse un enemigo terrible,
igual que la Muerte que suplica por una vela
o un dolor amplio como onda sublime.

Los pensamientos se vuelven afilados
como una espada que no se ablanda,
y asfixia el débil cuerpo con espasmos
como ahogado en su sangre coagulada.

Contempla el negro futuro como espejo
de frutos verdes, podridos y amargos,
distorsionando la realidad de la vida
con una ansiedad de ojos cerrados.

¡No dejes que la mente se convierta
en una bestia repleta de miedos!
Respira hondo y empotra la cabeza
entre unos hombros firmes y pétreos.

¡No pienses mil veces en dar el paso!
Apaga el Diablo con potente decisión.
Que la mente retire los dedos lánguidos
que llenan las metas de confusión.

LA DAMA ARROGANTE

Ella, consciente de su belleza, declamó lo siguiente:

«Soy hermosa, tanto que abordo todo el mal,
al punto que el sacerdote perfuma sus sabanas
al tener mi rostro en su pensamiento.
Vuelvo a todos los hombres ignorantes
sólo con mis encantos superficiales.
Solos, exhalan un olor a fracaso
con su mirada de azur sobre mis caderas,
vacíos de pensamientos en sus ojos bellos
mezclados con metal a causa de sus penas.
Camino con cabeza bamboleante
como si paseara en una góndola,
recibiendo la atención ardorosa
de almas vacías de esperanzas.
Y, asesina, llena de estíos y otoños,
aplasto con amabilidad fingida deseos efímeros
rompiendo orgullos de hombres pobres y ricos
y causando lágrimas en infinitos números.
Rompo el vuelo de halcones con sonrisas de brea
mirando al cielo como si fuera una diosa,
hirviendo vivos a los infames profetas
de una sociedad incrédula de inteligencia,
saturando mi olfato de olores mezclados
con resina y almizcle, horrendo para mis sentidos
pero rebosantes en los cuerpos de los mortales».

BAJO EL ATARCEDER

Saludo el ocaso más glorioso del mundo
al mismo tiempo que escucho al cráneo en cada voluptuosidad.
bañada de luz dorada estaba ella, acostada,
mientras su rostro, bendecido por espíritus,
devora mi cerebro, que pasea como un centinela.
Y de aquellos besos profundos, que generan formas amargas,
me llena los labios; mientras las teas, como rosas luminosas
contrastan con el atardecer dorado allá abajo.

Entonces me empapo en vino para encontrar las bestias
que palpan en vano la eternidad de la vergüenza y la melancolía,
mientras sobre el viejo océano se engendra la muerte y la vida
y por eso pido: ¡Satán, apiádate de mí larga miseria!
Sin embargo, como padre adoptivo de tanta majestad,
hipócrita, pido indulgencia y a la vez me maravillo
al ver cómo me agrada descubrir que, en el mal,
colmado de dolor, se halla toda gran verdad.

Así que humeo con la noche, mientras el abismo se abre a mis pies,
de aspecto renaciente bordeado de metales,
al tiempo que insulto al sol con lágrima entre líneas,
y mi mirada vive sin potencia bajo la noche de terribles goces.

Tus brazos se burlan del espíritu que duerme,
mientras te asemejas a la princesa de las nubes
que frecuenta la nave con tus cavidades sangrientas
de aquellos cuerpos con sus perfumes horrendos.

Áspera hacha entre mis ojos, sol de mi natura,
¡oh tú, ángel que encierra mis antojos!
Dile a Dios: «¡Con tu voluntad, extrae el sol de su carne pura!».
Ángel lleno de belleza, como te vuelves una alegoría
y mis caros recuerdos de tu corazón,
que en el mar halla bordes de locura,
brumosas estepas y bruñidos campos
a la hora de las deformidades que brillan de azul.
Tus ojos, que parecen con fervor,
una Magdalena fogosa gratuita con piernas de estatua,
precipitándose en el Infierno cual rayo brillante
como esos espíritus de placeres diamantinos.

Mientras el perfume de los verdes tamarindos
que quieren que el mundo te tema
vuela ante la ilusión y la dulzura
que se contempla a si mismo ¡Y siempre te veo!,
con ojos embriagados de soles radiantes.

LA DAMA DEL BARCO

Escapando en un navío de las leyes que la palabra forma,
soy como un incienso, y canto con los tripulantes,
con el corazón gozoso y receloso.

Entonces miro tu seno, triunfante como una bella armadura
mientras los días a la mar se tornan monótonos.
Y la luna, acompañada del resonar del océano
aprueba la complaciente caricia,
la dulce generosidad, el ardor y el abandono a Dios
de tu gentil y astuta malicia.

Así que, encerrados en la cuna de madera
tendremos lechos llenos de olores de la vida y la belleza,
porque con tu boca cruel y tu rostro de pecas

te llevas galanes a antros como almas en pena,
¡mostrando a los astros tus monstruos bicéfalos!

Ruego llegar a tierra pronto,
antes de comer tus frutos de otoño
o antes que entre marineros nos matemos
por tu cuerpo, indomable y salvaje.

¡Y maldigo el día que nuestras corridas
se volvieron solemnes despedidas!
Cuando la sangre del mundo se encerró en ese navío
y las cabezas pendieron de esas viejas banderas,
y los vencedores, entre ecos y cantos,
ronroneaban como gatos ante la abundante miseria.

CONFESIÓN

Oh padre, he de confesarme:
En el fondo de la noche, Dios, con su ala rauda
ha hablado conmigo entre los cojines.
¡Qué cruel! Entona ecos y cantares
mientras, terrible, me advierte que ya estoy condenado.

Así, resplandeciendo entre pobres y ricos
de gustos sosos o extravagantes,
me lanzo a la botella que él mismo me da,
listo a destrozar lo que me queda de alma,
mientras me alisto para escuchar la queja eterna
de la escamosa serpiente que he de acariciar.

UN MÁGICO CUADRO

Embrujado era el aspecto de ese cielo
de visos púrpuras, fríos como el hielo,
divisado tras los picos ennegrecidos
que sostenían el gótico y espeluznante castillo.

Allí me pareció escuchar las risas sarcásticas,
el gritar de los crueles bufones, el susurro de las cortesanas,
los pasos cautos del brillante asesino
y los ronquidos del rey al que el tedio ha roído.

Pero lo que más me causó curiosidad y admiración
fue la ventana en la torre más alta que sobresale del murallón.

Allí, como una aparición majestuosa, veo tu pálido rostro
con la mirada perdida en el cielo, y sobre el marco recostados los codos,

Iluminando tu blanca faz las estrellas y la luna llena
mientras el viento mece tus cabellos de seda,
pensando con dulzura y romanticismo quién será el hombre que mira
desde afuera del lienzo, y que, fascinado por tu belleza, suspira.

EL ESPANTO

Una noche, amada mía,
entraré a tu habitación,
que se asemeja a un cálido invernadero
que te aísla de un mundo inclemente y feroz.

Abrirás tus estrellas
al escuchar la puerta,
y rastrearás tu cuarto
haciendo caso a tu impaciencia.

Mas no me verás, pues me arrastraré
entre las sombras y las muñecas,
hasta llegar a tu cama, que será
el altar que tu sangre beba.

Entonces me acercaré a tu rostro,
esculpido por la inocencia,
con pestañas largas y mirada inquieta,
adornado por el Mal y por la Belleza.

Y te calmaré con caricias febriles
mientras tus juguetes miran con horror
cómo su dueña queda presa
a un Espanto hecho del temor.

Allí, en nuestro extraño tálamo
clavaré caricias de dolor,
el fatal beso glacial,
y emergerá un interminable grito de pavor.

Algunos pretenden dominarte por el amor,
yo en cambio prefiero la oscuridad,
el misterio y el terror.

VENGANZA

No hay un después, debe ser hoy
aprovechando que despierto
cual navío que zarpa
de todas las hermosas costas.

Hoy se debe dar la venganza,
sumergiendo de los templos las basas
hacia la inmortalidad de sus ruegos.

El hombre y la mujer saben,
desdeñosos desde el fondo de la grieta,
que algunas veces se es feliz,
que a veces, como un vals melancólico, se eleva el espíritu,
¡y otros días besamos del enemigo las rodillas!
No hay un después, la venganza debe ser hoy.

A LA SOMBRA DEL ÁRBOL

Afortunado yo que,
bajo el crepúsculo dorado y rojo,
peino tu cabello y me pierdo en tus ojos.

Afortunado el árbol que,
amparándonos con sombra y calma,
disfruta de tu cuerpo tendido en sus ramas.

Afortunado el viento que,
llevando con él dulces fragancias,
acaricia tu rostro y calma mis ansias.

Afortunado el río que
pasa cerca, azulado, siseante y puro,
y que nos refresca y arrulla con su susurro.

Afortunadas las hojas
que descansan en tu regazo,
mientras nos entrelazamos las manos,
mientras llega la noche de plata,
abrazados como estatuas blancas,
mirándonos con amor a la sombra del árbol.

ENCANTAMIENTO

El encanto en tu rostro
es brillante como el río pasajero,
o severo como el cazador que ha pasado
muchos choques e imprevistos desastres;
y al tiempo tal encanto oculta a las serpientes
y a los juglares que, con sátiras religiosas,
a cada ser humano engrandecen;
pero todos por igual perdidos en piel de granito.

A veces bailas bajo ese encanto,
mientras tu desnudez hace sufrir al hombre
volviéndose hacia su nido más tenebroso
en las tardes solemne de celestiales vendas,
pero siempre llena de lucidez
en esas noches de placeres.

Tal encanto fue siempre mi conflicto,
donde sin pensarlo hubiera dicho:
Yo te amo, ¡oh, mi bella encantada!,
así entre mis cielos esté muerto.
El firmamento, lleno de esqueletos,
huele a vinagre entre tinieblas vacías,
en grandes cubos colmados de la sangre
de todos esos viejos malditos que mueren
con el pasar del verano.

¡Cadáver como ellos me he vuelto
derrotado entre la cálida flota!
Y, mientras a cada momento veo
subir sobre nuestros sombríos techos
la noche que aumenta en pueblos furiosos,
no dejo de desear el brillante amanecer
causado por la presencia de tu belleza.

GUERRERA

Bendito seas, mi Dios, que de ella te apiadas,
mientras bella, se abre paso en la vida, cual alud en bajada,
y la pasión de su alma se resiste al amo tirano
al tiempo que se despierta con emociones extrañas.

Doblada por el peso de los años, ella no se rinde,
perdiendo la mirada en los muelles y en ríos crecientes,

saturando los sentidos de magia al arrullo del agua,
vive apoyada en lo positivo, como la cúpula de una iglesia.

A veces tiene voz temblorosa, cuando el alma se le encoge,
pero bajo el latido de las capitales, se irgue triunfante,
canta fuerte con su corazón puro en todos los rincones,
y casi de inmediato se disipa la soledad de su alma.

Amadísima por sí misma, ¡oh Noche!, ¡oh Corazón!,
¡oh Vino! Todos tres a sus pies se agitan de pasión.
Mientras sobre la almohada, a veces frustrada,
toma fuerza entre un sufragio de colores,
gatos furtivos, iras terribles y visiones de ilusión.

EL TRASNOCHO

Después de extrañas fiestas y festines nocturnos,
entre sátiros bufones y febriles vampiresas,
de alucinaciones, risas y embriagantes botellas;
hay que pagar un precio doloroso y nauseabundo.

Mientras los ángeles duermen en sus lechos de terciopelo,
nosotros levantamos carcajadas en tonos turbios
a un cielo de estrellas que se cierne gótico y oscuro
sobre lámparas que iluminan a los campos y a los muertos.

Cuando el sol emerge del horizonte, nos lacera las pupilas con su cabellera,
mientras el Demonio nos aprisiona las gargantas, causándonos fatiga y sed,
al mismo tiempo que su tambor trona en nuestras adoloridas cabezas.

Jadeantes, nos obliga a clamar todo el oro cristalino de los cántaros,
mientras retuerce nuestras entrañas, haciendo subir la cálida hiel
que nos recuerda los amargos sabores de nuestros deleites pasados.

MUSA

Sobre la almohada desalterada
y bajo el esplendor de la noche,
al borde de los dientes, sediento de reproches
espera tu cuerpo, cargado de rumores.

El abismo profundo y libre domina
las gracias que tienen tus atractivos,
y una boca humeante de labios suaves

se curva al ver mi mirada distraída.

La ceniza de mis manos dolorosas
se limpia al contacto con tu alma,
mientras muero con calma
en tus brazos, suaves como rosas.

Tú, cuyo simple roce fascina de placer
y que de miseria mata tu ausencia,
espero no librarme nunca de ti
para que no me hagas caer en el veneno
de las prolongadas lágrimas.

INALCANZABLE

Tú, a quien la noche toma como hija,
como esculpida en la gran piedra,
te tornas imbatible al deseo mortal.

Inalcanzable con tus carnes de niña,
con tus juegos de virgen loca
que desesperan a los amantes.

Inalcanzable al anciano decrepito,
apasionada a las anchas alas de los ángeles,
al tiempo que, de tus ojos, tus dulces ojos,
jamás llorosos ni irritados,
desprendes caos a las soledades profundas.

LOS CELOS ENFERMIZOS

El odio y los celos van creciendo en mi interior
como un monstruo henchido de furia y saliva,
que busca escaparse como un líquido viscoso
por las cuencas irritadas de mis dilatados ojos.

Pero tú, con la cabeza arriba y aire altivo y triunfal
mira con una sonrisa maliciosa mi cara desfigurada,
al tiempo que lanzas sucias caricias y besos ardientes
a los ancianos libidinosos que con el vino te atajan.

Y a mi mente vienen imágenes grises y horrorosas,
donde frecuentemente viaja el pensamiento del poeta,
visualizando imágenes distorsionadas y terribles

donde sostengo tu cabeza vacía en una fría charola.

Y horrible ha sido el abrupto despertar del sueño laxo
donde el azur se reemplaza con el morado de tus labios
y la vida te abandona, dejando tus ojos vacíos y blancos.

¡¿Qué he hecho mientras invocaba los vapores del vino?!
¿Cómo pude dejar que el demonio de los celos pusiera
mis manos lánguidas y férreas en tu cuello delicado y fino?

EL ANCIANO DEL MUELLE

Yace en el polvoriento muelle un cadáver querido
como una lámina sucia de anatomía,
mirando hueco al cielo bajo las celestes riberas
con su viejo honor olvidado y quebrada su belleza.

Mi gran corazón saboreó esa imagen con asco
mientras escuchaba el crujir de los remos
al tiempo que el hedor me espantaba
y dejaba solo al viejo loco, vivo y a la vez muerto.

LA JUERGA

Mientras bebo en la bohemia
los líquidos amargos y vencedores,
miro a mi alrededor escuchando
una sinfonía de risas siniestras.

La poca luminosidad no ocupa
todos los espacios límpidos,
y algunos rostros horrendos
se van tornando ridículamente bellos.

Ya entrada la noche se agita el Demonio,
levantando los ojos cerrados
pues ha sentido alcanzar mi hastío;
mientras me dice que no es natural
recibir dos premios: Ir al cielo y ser rico.

Y cuando el sol sale, brillante y blanco,
la posada se vuelve un templo olvidado
de feos dioses, cansados y vomitados,
ensuciando así el bello piso de mármol.

Así volvemos todos a los hogares,
algunos bellos y otros fugaces,
y entonces los terribles rezos se reviven
hasta que la próxima juerga se inicie.

EL RECUERDO

¡Yo lo recuerdo!... Lo vi todo: La flor, la fuente, el surco;
todas las sombras de los árboles dorados y el verde césped,
y en mi memoria paseo por todos estos colores hermosos
opacados por tu rostro blanco y tus miradas brillantes
perdidas hacia el horizonte de un mundo ominoso.

Viviente, profundo, cansado y verdaderamente melancólico,
lánguido por el viejo orgullo fastuoso de la ciudad de fango,
desfallezco ante ti, que te entregas al amor en largos espasmos,
tímida y sonrojada bajo las ramas, como una niña bella e inocente.

¿Podremos iluminar con amor un cielo cenagoso y negro?
¿Podremos robar la felicidad del aire inmóvil y el silencio eterno
como un gusano que roba al Hombre lo que ha comido?
En mi memoria recuerdo con ensueño que ya lo hemos hecho,
y en mi mente se encuentra tu fino rostro, blanco y altivo,
como faro luminoso y marmóreo que a mi orgullo ha aturdido.

EL CULTO

Errante en la noche, entre lagos transparentes,
miro alrededor la tierra fría e infinita,
chapoteada de algunos árboles sin hojas
con ramas nudosas como dedos de ancianos.

Y al fondo del camino se elevaba el templo
de columnas grandes y ventanas negras
como ojos horribles que miran hacia adentro
y mantienen ocultos maleficios antiguos.

Al entrar al tenebroso edificio veo por fin
un culto enfermizo creado por acólitos
que ponen como deidad tu imagen
y te veneran como un objeto singular.

¡Qué nauseas me dan esos rituales!

Una sensación de miedo y asco a la vez.
Adolescentes pálidos y viejos hediondos gritan:
¡Cuide Dios de ella, de todas la más bella!

Y mientras yo veo esos miedosos rituales
tú duermes plácida en tu cama,
ignorante del mundo oscuro que veo,
soñando feliz con cuentos de hadas.

DESPRECIO

Una abultada tiniebla se esparce
sobre mi triste mundo adormecido,
mientras pido todavía que seas mi reina,
¡oh tú, doncella de hilos fríos!,
de la que poco a poco me gano el desprecio.

Así que, vencido el cráneo por el orgullo,
busco en vano un cielo líquido que no alcanzo;
y por lo mismo, amargado y vencido,
me regalo a la bohemia y a la miseria,
llenándome de caricias sucias y cántaros de vino.

EL REMORDIMIENTO

A veces el remordimiento repta por mi espalda
como una serpiente fría e inclemente
que ante mí pone una realidad de arreboles matinales
que nunca van a pasar por mi vida desdichada.

Como un ángel terrible de trompeta poderosa
ensordece mi pensamiento con arrepentimientos
de obras, acciones y palabras que nunca debí invocar
y que a su paso dejaron humo, desolación y llamas.

Y con labios ya blanquecinos, y mis manos ya callosas,
miro hacia atrás el camino de destrucción
que la culpa me recuerda constantemente
y aprieta con fuerza terrible el desgastado corazón.

EL MONSTRUO DEL POZO

En el oscuro pozo se escucha el gorgoteo

donde la luminosidad no alcanza a llegar
y los oscuros horrores se esconden
en el fondo como agazapados por voluntad.

Allá abajo, invisible pero audible
se esconde el monstruo, en el fondo,
atento a que los ojos inmolen otra atención
y poder trepar del hueco, veloz y feroz.

Y así bajar a la aldea a devorar niños y niñas,
triturar pequeños huesos como bambúes,
liberar ese hediondo aliento de vapor rojo
y saciar su sed con besos de muertos azules.

Y cuando toda la atención del pueblo se enfoque,
olvidando los pederastas y los blasfemos,
todos los aldeanos irán en busca del monstruo.

Pero ninguno se atreverá a bajar al pozo
a matar la bestia que ellos liberaron
pues el crujir del festín los espantará.

BAJANDO DE LAS ESTRELLAS

Bajo una noche luminosa y despejada,
entre una pradera con flores y estatuas arruinadas
de héroes antiguos y dioses despiadados
una sombra flexible y multiforme se asoma.

Lánguida y sin estructura aparente
me mira con ojos luminosos, como un gato terrible,
y de repente bajo la oscuridad se forma un rostro
blanco como la luna, bello y atrayente.

Estupefacto veo entre rostros de piedra
cómo la oscuridad siniestra toma forma
y con un rostro juvenil y cabellera dorada
una mujer con facciones delicadas todo lo ilumina.

Un aura irisada irradia de su cuerpo
como un sol de arcoíris
y unas bestias rojas la rodean
como Cerberos cuidado el Erebo.

De repente los necrófagos se escondieron

tras las estatuas arruinadas,
aterrados por la luz radiante
irradiada por la bella amada.

Entonces me acerco a la rubia con cautela
y al tenerla cerca me enamoro sin control
y la abrazo para no dejarla ir nunca.

Y ella me sonríe con alegría y belleza
mientras me dice con dulzura: «Amado mío,
cu dame, no me dejes volver a las estrellas».

LA G RGOLA

Antes de que el alba dorada se proyecte
y queme mis ojos ígneos y diamantinos,
antes de que el aire quebrante las ventanas
y la canción de las aves inunde el aire
debo quitar mi mueca asqueada
e implorar por mi inmerecida expiación.

Aún tengo su carne entre mis uñas
y en mi vientre un vacío anidado,
producido por un vértigo de miedo
que me aplasta por la culpa del asesinato.

Su cuerpo yace entre sillones marchitos
mientras retornan, perfumados, recuerdos lentos
de su rostro hermoso y cuerpo bello
mientras aterrada mira mi cara marmórea.

Condenada por mi codicia y mi ego herido,
su error fue viajar a un pueblo antiguo
donde todavía las estatuas escuchamos
y nos movemos, y nos enamoramos.

Donde aún la ciencia no llega a las callejuelas,
donde en las plazas aún vagan espectros,
donde hay gritos opacos y siniestros
y donde su voz era una embelesadora sinfonía.

Aquí, en esa casa vieja y sombr a
estoy yo, aún vivo, antes del amanecer,
viendo el cuerpo inmóvil de alma errante
que se va tornando verde y horripilante.

¡Sólo necesitaba que me dijera que sí!
Que me amaba sin condiciones;
pero se espantó al primer vistazo.

¡Debo salir de aquí de inmediato!
Debo llegar al techo antes que el sol,
debo moverme ahora que puedo.

¡Debo trepar y ponerme en posición!
debo huir antes que me descubran
y me destrocen a punta de martillo y cincel.

EL GRITO DE LOS BLASFEMOS

Los blasfemos frecuentan el borde del barranco,
mirando abajo en el valle una iglesia rodeada de flores,
con altos pináculos cual hidra sus cabezas
y con ventanas negras como mirando sus entrañas.

Y desde la cima gritan sus sucios improperios
a los devotos allá abajo, cabizbajos y en silencio,
(soñadores solitarios de labios blanquecinos
que depositan sus deseos en imágenes de santos).

Y dicen los desgraciados: ¡Tenemos en las tripas
un Gehena ardiente y cavernario, que pujante
concibe cada día un monstruoso bastardo,
que es visto como enemigo en los nobles relatos!

¡Pero el verdadero mal es el sacerdote adoctrinado!
Y la iglesia que utiliza a Dios como razón omnipotente.
¡Esa iglesia allá abajo en el valle rocoso
es sólo una guarida de servidores sin mente!

Al mismo tiempo los beatos miran hacia arriba,
escuchando ofensas bajo la cúpula celeste;
entonces gritan al unísono: ¡Esa gente allá arriba
es sólo una recua de pecadores sin mente!

CUANDO LLEGAS

Por las mañanas, desde el momento que me lanzo al mundo
la ciudad gris me engulle bajo un cielo triste para todos,

evaporando todos mis ánimos cual apestoso incensario
y dejando mi corazón vibrando como un violín afligido.

Pero cuando llegas desaparece el vacío de mi pecho,
y la arquitectura curva de tu cuerpo se vuelve un sol,
el corazón tierno renace en mi tosca estructura
y los brillantes colores pintan en todo mi alrededor.

LA HAMBRUNA Y LA PESTE

La bestia bajó a las ciudades en el 1315,
donde lluvias grises oscurecieron el mundo.
Los trigos fueron reemplazados por gusanos
y los bueyes y borregos se pudrieron en ríos.

Los panes y la sal escasearon en toda la tierra,
y los hombres devoraron la carne aún con sangre,
pues, esqueléticos, preferían comer proteína viva
a dejar perder la oportunidad de alimentarse.

Y en pocos años la peste infectó la humanidad,
las ratas y las pulgas llenaron con llagas
al rico y al pobre, sin importar sus actos.

Y sepultaron tantos que llenaron campos
donde sólo se veían huesos y cuervos
recordando a todos sus horribles pecados.

REPARACIÓN

Tú que llevas el amor más galantemente
que una rubia reina del romance,
me obligas, vestida de rosa y terciopelo,
a postrándome gustoso a tus pies flotantes.

Y llevas mi corazón en una caja,
envuelto férreamente en una mortaja,
mientras con palabras dulces y caricias
calmas mis estertores y mis heridas.

¡Oh agua, ¿cuándo lloverás?! ¡Oh rayo, ¿cuándo caerás?!
Amada mía, dales permiso a los grises cielos
para que colmen mi duro corazón con claridad.

Mírame con tus pupilas dilatadas, diosa emplumada,
convierte este maniquí vagamente ridículo
en un alma reparada y claramente iluminada.

EL CEMENTERIO

Como casas, algunas fosas se abren humeantes,
como vientres que expulsan su podredumbre,
y desde lejos se ven espejismos que ondulan
entre flores coloridas y miasmas flotantes.

Así vi despertar bajo la luna el camposanto,
rebotante de clamores, odios y dolores,
y hasta mí llegaron las acres fragancias
que desprende el perfume de la muerte.

Tembloroso miraba desde la colina desnuda
cómo desfilaban por igual viejos y niños,
cargando translucidos en las encorvadas espaldas
remordimientos, horrores y crueles venenos.

Allí, ni la riqueza ni la seducción se paseaban
por esas grises y casi destruidas lápidas;
algunas ya con los nombres borrados
y fechas lejanas, de más de cien años.

Y cuando el amanecer empezó a llegar dorado,
ese terrible y azulado sitio empezó a descansar,
cerrando esas lozas de fantasmas apagados.

Ya el día inicia de nuevo, olvidando los alejados,
dejando el infernal clamor de la noche atrás,
dejando de nuevo el festín a los gusanos.

SASKIA

Quien pensaría que un ser tan noble
fuera descendiente de licántropos,
y que los aullidos terribles sobre lomas
se convertirían en amables voleos de cola.

Saskia, mi perra amada, ¿cómo osaste dejarme?
¿Cómo un ser tan maravilloso sufre más que un ratero?
Aun así, sé que, sin dudarlo en ningún momento,

estás descansando y tienes ganado el cielo.

Y en el recuerdo de tus ojos profundos,
lagunas brillantes que sólo mostraron amor,
se veía claramente tu infinita fidelidad
Y tu admirable sumisión y devoción.

¡Somos los humanos tan poco dignos
de seres tan absolutamente maravillosos!
Que Dios ha dado a nuestras almas alivio
en forma de cuadrúpedos libres de odios.

No son humanos ni deben ser tratados como tal;
¡Qué indigno tratar a tan bella especie
como si fuera un simple homo sapiens!
Ellos, por derecho, ya están mucho más allá.

Y cuando nos veamos de nuevo, mi quería Saskia,
espero que, entre nubes, me recibas meneando la cola,
mirándome largamente con esos ojos hermosos
y ladrando alegremente para curar mis sollozos.

EL CONSEJO

Es ella arte, aunque no sea una diva,
pues el pellejo se deforma con el tiempo.
Debes amarla por su amor a la vida
y no por cómo se ve frente al espejo.

Recuerda, amigo mío, que todos nos vemos
exactamente iguales frente a los dioses eternos,
y bajo los reflectores amarillentos y horrendos
nos van a juzgar por igual, tanto a bellos y a feos.

Ámala si es atenta, si te cuida, si te ama,
si te alimenta, si se preocupa por tu alma,
pues la sola belleza succiona la vida entera
hasta dejar los huesos secos hasta la médula.

LA CITA

Desde un entorno tenebroso
me arriesgué a pedirte una cita oscura,
superando caos fatales y brumosos,

y lanzando mi orgullo a la penumbra.

Siendo consciente de los frutos tu pecho,
que fácilmente tu cuerpo ilumina
con el terrible crucifijo de las orgías
que vadea a más que a un solo amo.

Y la criatura, desahogándose en inmenso dolor,
exaspera en mi ansiedad, mostrando roja estera,
por la noche, en un camino de triste espera.

¡Y ella acudió a la cita, loca criatura!,
Triunfante y con su amante de la mano,
coloreando por todas partes de rojo la natura.

MUJERIEGO

Al señor le pido de todo corazón
que libre a buenas mujeres de un fanfarrón,
pues yo mismo fui uno
y por poco casi me pudro.

Malditos esos seres hipócritas
que ven las mujeres como medallas,
ignorantes de empatía alguna
pero maestros en dulces palabras.

¡Aléjate, dama bondadosa
de esos hediondos besos!
No dejes que sus sucias manos
te toquen llenas de negros deseos.

No creas sus bellas palabras
que a muchas repite por igual,
cual embudo esperando presa.

Aléjate de ese cuerpo asqueroso
ya utilizados por otras cuantas
como un pellejo curtido y apestoso.

LOS DOS ASTROS

El primero te ilumina con su ardor
mientras la otra te baña con tu frío brillo.

Él busca acariciar tu cuerpo fino
mientras ella busca suavizar tu fulgor.

Él, que da vida a seres y plantas,
y ella, que balancea todas las aguas,
no son más que astros que muestran
día y noche tu hermosa existencia.

El sol quisiera arrojarte entre llamas,
besarte ardorosamente como el fénix
e inmolarte en su cabellera dorada.

La luna quisiera plasmarte sus colores,
acariciarte con sus gélidas manos
y, de esta manera, calmar tus dolores.

NO LO SABÍA

Mi rutina viaja entre noches cálidas y lánguidas,
y mi angustia se refleja en sus espejos voluptuosos.
Estériles recuerdos de una vida sin problemas
donde nada he necesitado durante épocas.

Sin embargo, la vida, que pocas veces es bondadosa
te ha puesto frente a mí, singularmente fresca,
y me di cuenta que pensé que no necesitaba nada
hasta que me di cuenta que a ti te necesitaba.

Y de repente entre las brumas del hastío
empezaron a nacer del agua estrellas
abriendo ante mí un mundo que desconocía.

De nada carezco, pero a mi lado te quiero
pues supe que entre monumentos altivos
tú, amada mía, eras lo único que no tenía.

SU PARTIDA

Solitario y adolorido tenía, como un sudario espeso,
el corazón amortajado, fragmentado en el pecho
mientras caminaba por calles que comían mis zapatos
después de verla partir bajo el lluvioso cielo.

Entiendo con sufrimiento su decisión,

su partida en busca de nuevos horizontes,
pero sólo me deja con un negro vacío,
helado y tan grande como un abismo.

Vuela amada mía, a países lejanos,
no mires atrás este cadáver desolado
que sólo quiere retenerte a su lado.

No renuncies por nadie a tus sueños,
olvida que a mí lado hubo buenas épocas,
no voltees para ver mi inmensa tristeza.

SOBREMERECEDORA

Soy como tu ángel, cojo y ciego,
que a tus caprichos siempre cedo,
evitando la ópera que bufas
ante negativas de hierro y fuego.

Malcriada como niña rica
piensas que la salud es un perfume,
que las voluntades ajenas son tuyas
y que por sólo nacer mereces el mundo.

¡Y gritas, furiosa, tus deseos a los vientos!
Y haces de mi vida un infierno si no cumplo
dejando a flote tu inmadurez prolongada.

¡Despierta de una vez, estúpida mimada!
Tú mundo es sólo tu mundo, y a nadie importa,
¡Déjame, te ruego, recuperar mi pierna y mis ojos!

SU VOZ

El bello sonido de su voz, cual fanfarria
es como una mañana brillante y sin nubes.
De ella una nota llorosa, una nota discordante,
impide de lleno la verde venida del verano.

¿No era aquello un templo de vívidos pilares
que dejan, a veces, brotar confusas palabras
desplegando con su voz el gran telón
que a menudo hunde un cuerpo sin alma?

Pero cuando el quiebre de su voz se va,
y llega a ella la alegría y la sonrisa
entonces el poder de sus palabras cambia la vida.

Y deja al mundo sordo de golpe certero
pues su habla hunde en la piedad la pobreza
y llena toda la tierra de belleza.

EL AUTOESTIMA A PEDAZOS

La bella se condena bajo su ardor
vigilada por ese cielo oscuro,
inundada por el horror de la noche
rebotante de recuerdos borrosos.

Y bajo una aurora titánica,
y derrumbada entre almohadas,
escucha llorar su alma en sus entrañas
arrepentida de sus ásperos actos.

Y a su lado yace un extraño apestoso
que (ella sabe) recorrió con manos callosas
cada punta de su osamenta inmunda.

-«El autoestima de nuevo abajo»-
piensa ella con infinita desdicha
al tiempo que recoge su dignidad a trozos.

EN EL MOLINO

Ella, siempre hermosa, me mira
desde ese molino místico
en donde, aún el color negro
parece límpido bajo el cielo de estrellas.

Sus aspas desvían todas las miradas,
y en su puerta brilla su sonrisa
que enmarca la gloria de tenerla
mientras grita al abismo que está viva.

Y perfuma el sitio con su dulce encanto
superando al hastío, fruto de melancolía,
escuchando el viento revivir los engranes
y sintiendo al sol calentar las campiñas frías.

Finalmente, iluminan las flores la pradera,
como si fueran lámparas autoritarias,
tendidas alrededor del molino de viento
en donde espero me ame toda la vida.

INTRANQUILIDAD

Sola, acostada entre paredes derrumbadas
buscas expulsar tus pesadillas burlonas
tumbada en tu lecho de circunstancias
esperando una solución por arte de magia.

Madurada por sonetos llenos de problemas
una intranquilidad repta por tus huesos;
pero sin hacer nada no se resuelven dilemas
y al terrible mundo no le importa tu tristeza.

¡Sal a luchar, mi amada, contra los lobos!
Quiebra cada problema y traga cada pedazo
como si fueran uvas de un dulce ramo.

O haz un amargo vino de un rojo intenso
que tranquilice tu cerebro, pues cada día
darás un fuerte paso para apacigua tu vida.

PEQUEÑO SONETO

No hay urna más hermosa
que el corazón de una mujer,
que como una flor crece
ante el amor bajo el atardecer.

Y no hay mayor seducción
que la de una mujer segura
que ha ganado su orgullo
cambiando su mente oscura.

Ninguna dama que haya nacido
con los dotes de la naturaleza
sentirá el poder del objetivo cumplido.

Y pocas veces sentirá la satisfacción
de moldear el cuerpo y la mente

y ver cómo sus resultados florecen.

TU RESPUESTA AIRADA

Cuando, igual que el poeta,
y, sin cuidarte de los polizones,
respondes furiosa a los ecos del agua,
azules como gemas bajo los soles,
causas tormentas que caen
en techos forrados de carne
y en tierras yertas y frías
donde tu Dios te ha declarado
su mártir premiada y elegida.

¡Vida de mi vida, te pido e imploro
que altiva ignores semejantes despojos!
Pues ten en cuenta siempre, amada mía,
que una persona feliz no contiene ira,
y no sufre por banalidades ajenas
que nacen del negro abismo de la envidia.

¡No respondas a esas ofensas
que el vulgo, ignorante, vocifera!
Recuerda que es más importante tu paz
que una vaga e insignificante pelea.

A TU LADO EN EL PROCESO

Tú, amada mía, eres como una flor
que se torna hermosa si es regada
con dulce amor en vez de fría agua
y con caricias que llenan de candor.

Quiero estar a tu lado en el proceso,
quiero verte avanzar, salir adelante,
quiero verte libre como nube flotante,
quiero bordearte un ego de ensueño.

Si puedo ser partícipe de tu crecimiento
estaré allí acompañándote con mi amor
viendo cómo tu mente se une a tu cuerpo.

Con palabras rosadas aliviaré tu gélido dolor,
con encanto avivaré tu vertiginoso progreso

y que te encuentres a ti misma y a tu pasión.

PLEGARIA A ARADIA

Rebosante de una infancia ardiente
llenas de bondad mi corazón deformado
lanzando lejos los terribles estertores
de las bestias que abordan mi alma,
al tiempo que conquistas el abismo
que se abre profundo en mi pecho,
lleno de horror y remordimiento
y plagado de sucios encantos.

Tú, amada, limpias todo mi ser,
un ser terrible bajo una luna ondulante.
Iluminas esas sombras profundas
y espantas esos cortejos de clamores infernales.

Tiembla ahogada la tristeza de mi alma
cuando con tu dulce caricia mi espíritu calmas.
Desfila inofensiva en firmes camposantos
parte de mi angustia, exiliada por tu alegría.

¡No me quites, por lo que más quieras, tu compañía!
Mi humanidad no aguantaría tu fría ausencia.
Necesito que quites los clavos y abras la celda
en donde mi cuerpo esquelético se revuelca.

Sé que odias la nube y amas el perfume,
que adivinas y habla con el viento,
que te burlas arrogante de lo ridículo
y que, misteriosa, aplastas el hastío.

También sé que llamas a los espíritus,
y domas con mano suave las bestias.
Por todo esto, todo esto que amo, te pido
que no me prives de tu corazón tierno.

A ti, Aradia, vida mía, adoro,
sin ti, vida mía, me extingo,
de ti, vida mía, dependo
y por ti, vida mía, me muero.

LA DECADENCIA DEL EGO

Elevado por un sentimiento desviado
alimentado por un ego abominable,
creo, a menudo, tener absoluta razón
sobre los que veo como simples mortales.

Y embriagado por mi arrogancia
hago sonar huesos en la tierra áspera
y creo luz en una vasta y negra nada
como si sólo yo fuera la única estrella.

E imagino que puedo hundir una pesadilla
en corazones bondadosos y multiiformes
de cuyos sueños veo yo insulsos y horrendos
cuando en verdad son bellos y nobles sueños.

Me visualizo, enajenado por completo,
mascando voluntades de jóvenes y viejos
como si fueran sangrantes gasas
mientras sonrío senil como una calabaza.

Pero como una ópera bufada,
sublime y a la vez áspera,
la vida me cantará mis errores.

El karma desollará mi arrogancia
mostrándome ante el estío del mundo
como lo que en verdad soy: nadie ni nada.

SALEM

Desde las frías alturas de las colinas grises
veo bajar a medianoche a la bruja
bordeada de una blanca y fría bruma
que se abre a su paso como espantada
cual telaraña de insectos malignos
rota por una poderosa presencia.

Y canta horrendas y oscuras letanías
sobre niños tristes y calderos hediondos,
y sobre alguna horca o alguna hoguera
de la que escapó con heridas horrendas.

Y arrastras trae el cuerpo de un infante

con los huesos destrozado y flácida la carne
mientras deja un rastro rojo en el pasto
y mancha las flores con un gran desagrado.

¡Esa maldita bruja que baja de la colina
ha vuelto a cometer sus oscas fechorías!
¿Quién sabe de qué aldea cercana ha robado
ese bulto que arrastra, que antes era humano?

¡¿Cuántas veces hemos de lincharla y quemarla?!
Estamos cansados de ver su horrible rostro
a la luz mimbreña de las lámparas danzantes
al tiempo que nos lanza esa podrida risa triunfal.

Y la infame Muerte parece ignorarla siempre,
mientras ella se regodea de amar al macho cabrío
y de servir bajo la luna a Satán Trismegisto.

¡Oh vieja maldita, espero que te conviertas
en alimento de los zapatos de todos los aldeanos
antes que tu caos vacíe otra cuna inocente!

POEMA DE AMOR

Tú, que dejas tu impronta en mi mente,
y en tu cuerpo sinuoso posas la belleza,
subes mi amor en tus manos delicadas
y profundizas el tiempo, pues frente a ti
se pasan rápidas las horas y minutos,
mientras cuando me aborda tu ausencia
siento el día eterno como árida estepa.

Y que tus palabras son para mí placeres
que extraño si callas o no estás a mi lado.
Y que la tierra es mucho más cálida
si me abrazas con tus dulces brazos.

Todo aquello que quiero es tuyo,
y quiero que sea mío, aun siendo tuyo,
y busco que me brindes todo
porque yo quiero dártelo todo.

¡No me prives de tu corazón que arde!
Ámame, aunque sea sólo un instante.
Suficiente es para mí es que no me dañes.

LA HUMANIDAD PERDIDA

La humanidad, llena de lámparas de lágrimas
e invisibles sentimientos alimentados por musas,
se degrada lentamente, dilatando amores y horrores
que dan vida a las vidas más miserables y absurdas.

Pues pobres adorando a sus ídolos de piedra
botan por las cañerías la esperanza y la belleza
por no ver más allá de ardor y el negro miedo
de caer presas del gran Satán en el infierno.

Amargo sabor de aquel que se alimenta
de un olvido moribundo y un placer superfluo,
y se atiborra en un manantial venenoso
donde yace un cadáver tendido e infecto.

Y que muerde la pasión con olores tenues,
mientras divanes, profundos como tumbas,
son más importantes que la virtud y el temple
dando más cabida a la traición y a la peste.

La angustia bulle sobre las airadas masas
que lanzan hacia los cielos encantados
gritos de males particulares que todos sufren
pero que no siembran empatía sino desgracias.

¡Oh extrañas flores que sobre sus cuerpos crecen,
aun estando vivos, pero en el abismo de la muerte,
lancen sus dulces fragancias a una humanidad demente
que exhala un estertor postrero, como un muerto viviente!

TU REGALO

En el momento más oscuro y yerto
tu amor llegó a mí desde el cielo
como un haz de luz desparramado
entre un campo de mil flores
donde los ángeles de alas blancas
ponen con paciencia todos sus colores.

Y cae tu amor como una lluvia
donde varios soles disipan la noche

y mi duro corazón, lleno de fango,
se limpia y late lleno de ánimo.

Y gracias a ti y a tu fresco amor ahora veo
montes hermosos llenos largos de sueños
y como las negras leyendas escritas con fuego
desaparecen con el dolor y el frío sentimiento.

Ahora, lejos de los pueblos terribles,
me es suficiente tu bella sonrisa
que me recuerda el horror de la soledad
y lo feliz que estoy al tu lado, amada mía.

PREMONICIONES

I

Poco a poco, sin notarlo, los ríos se volverán negros
y a su alrededor la hierba se tornará parda.
El agua se volverá venenosa, llena de heces y orina
y en todo el mundo las bestias y las plantas morirán.

Los imperios entonces sentirán la sed y el hambre
y el mundo se despertará todos los días pensando en comida.
Las arcas de las naciones no serán suficientes
y los hombres se devorarán unos a otros.

II

Silencioso como un merodeador, la peste se esparcirá
colonizando incluso los reinos más remotos.
Se incubará oculto en las entrañas de los viajeros
pasando de hombre a hombre por el aire.

Y estallará de repente, ennegreciendo la piel
y llenando de dolor y llagas los infectados,
pudrirá órganos y arrancará la piel
y matará a miles por toda la tierra.

III

En un ataque de fanatismo e ignorancia,
y llevados por el orgullo y la arrogancia,
tiranos ciegos ante el mundo cambiante
lanzarán a las otras naciones sus armas.

Entonces la noche será más larga por la falta de luz
y el frío matará inclementemente a los desdichados,
bajo sus casas en ruinas millones serán sepultados
hasta que, cansados, los pueblos maten a los villanos.

IV

Será el amado sol quien engullirá el mundo,
devorando con sus llamas a toda la humanidad.
Crecerá desmedidamente con sus brazos abiertos
hasta dejar sólo cuerpos negros y humeantes.

Y ninguna bestia quedará libre de su yugo,
asará tanto aves en el cielo como peces en los abismos,
derretirá todo de todos en sólo segundos
dando final a la historia de la humanidad.

PARTE II

PROSA

LAS DOS TERRIBLES COMPAÑERAS

La Depresión y la Soledad son dos compañeras terribles. Una es azul como las lágrimas y la otra negra como el vacío. Susurran al noble oído consejos atroces y clavan en el cerebro acciones tremendas. Mellan el orgullo de los hombres y quiebran el ánimo cándido de las mujeres. Atacan con fuertes mordiscos de horribles sonrisas a los cuellos suaves, y sofocan con desespero la mente. Reptan en cada oportunidad cual merodeador implacable, buscando siempre enarbolarse en el cráneo con puño de hierro. La Soledad cierra las paredes de las habitaciones, aislando el ser del mundo y emparedando la mente en la oscuridad cual cadáver entre muros. Mientras la Depresión, con rostro mutilado, aprieta el corazón con manos de hielo, cobrándonos con fiereza momentos felices y desfigurando la realidad cual niño a una arcilla.

¡Nunca escuches sus consejos! Son bestias amorfas que confunden el juicio. Desahógate con ellas, pero no les des confianza. Y cuando intenten atraparte con sus feas manos de lánguidos dedos, aléjate. ¡No dejes que ellas cobren por tu felicidad! Cuando llegue la Soledad recuerda que nadie está realmente solo. No dejes que esa negra musa vestida de terror te cierre los ojos para que no veas las compañías que te rodean. La Soledad no es más que la ignorancia de quienes están cerca de nosotros. Y cuando la Depresión intente abrazarte con sus brazos álgidos apaléala con sonrisas. Que de las heridas de ese monstruo azul salga hielo y sangre. ¡Deja de ellas sólo un vestigio desollado con el blanco de las risas y el atardecer tornasolado de la felicidad!

ATAQUE DE ANSIEDAD

A menudo abro los ojos con una sensación ludópata, esperando que la fortuna me indique que ese día la ansiedad no me apretará el corazón. Cuando no siento esa bestia en mi pecho sonrío y me levanto de un salto, amando el día tranquilo y la serenidad en mi ser. Pero cuando siento esa opresión helada al despertar, sé que el día será largo e infernal.

La ansiedad, excesivamente futura, empieza como un frío en el interior, que poco a poco acelera mi corazón, presa de un incómodo temor, como cuando de niño no hacía la tarea y el profesor me llamaba. Y de repente el monstruo empieza a aletear a mi alrededor, a batirme las manos y a oscurecer mi entorno, causando que todo mi cuerpo tiemble y que sude cual miserable torturado.

-¡No, no, no!- grito en mi cabeza una y otra vez, aterrado, mientras la piel se me empieza a caer como a un leproso, y los ojos se me desorbitan y se derriten, al mismo tiempo que la garganta se me cierra y los latidos se me aceleran. Acurrucado y con dolor de cabeza, debo parecer un condenado horroroso... pero sin justificación ni motivo, sólo la culpa de no tener justificación o motivo. Esa impotencia e ira de entrar en pánico por nada hace que el pánico se incremente, y ese monstruo ansioso crezca en vez de disminuir al tener el motivo de no encontrar motivo. De esta manera me devora hasta los huesos.

Y sólo el levantarse de la cama se vuelve un desafío. El caminar con ese miedo horrible hasta el baño es una victoria que sólo yo siento, y que no puedo presumir porque la terrible sociedad

me aplastaría como el corcel aplasta el pasto. ¿Cómo decir que logré bañarme y salir a trabajar o a estudiar, mientras ingenieros envían naves a marte o médicos curan enfermedades? ¿Qué clase de logro es ese como para presumir? Aunque la gente de dientes para afuera diga que me entiende, y me mienta a la cara, soy consciente de que esta victoria es sólo mía.

Turbado bajo esa sensación gris y fría, siento esas uñas en el interior cada minuto y cada segundo durante su ataque, despedazándome como un cazador a su presa, y yo, mirando las miradas indiferentes, sólo puedo callar, aunque tirite, sólo puedo aguantar las náuseas al verme a pedazos, sólo puedo permanecer de pie (y a veces sonreír) al mismo tiempo que busco remedios mágicos, como comer o dormir, engordándome cual puerco solamente para ser el festín del próximo ataque de ansiedad.

Como una pintura a blanco y negro de Picasso, como el Guernica, quedó fraccionado durante esos eternos instantes. Visualizo segundo a segundo mi día, el baño, el desayuno, la reunión con los superiores, el terrible almuerzo donde enmudezco al no poder pedirle a la mesera un plato de comida, los problemas laborales, el inclemente transporte y llegar a una casa que pago y en donde casi no permanezco (y donde no soy feliz). Veo cada uno de los eventos llenos de problemas imaginarios, y de esos problemas pululan más problemas, como una terrible infección. Y tareas sencillas se vuelven odiseas inalcanzables, sin solución, sin esperanza.

Entonces pienso: -¿Para qué las hago si igual no las voy a solucionar? ¿Para qué soluciono este problema, creado por mí mismo, si voy a inventarme otro?

Y soy consciente de que son imaginaciones sin justificación lógica; pero en promedio, es la mente mucho más cruel que la realidad. Cuando la cabeza se llena de pensamientos futuros, se vuelve tan pesada que impide continuar el camino. En ese momento, a menudo, me doy cuenta que después de todos estos pensamientos cristalinos, ni siquiera me he levantado de la cama y no he ido al baño... ya está acabando el ataque de ansiedad, ya casi vuelvo de las convulsiones a la realidad.

Entonces pasa el día, y al anochecer me acuesto con ese mismo pensamiento ludópata, esperando si apenas abra los ojos tendré un día colorido o el monstruo de la ansiedad se encubará en mí apenas despierte.

LOS MUNDOS PRODUCIDOS POR LA MUJER

Pequeños duendes me han descrito a la mujer como un hermoso paisaje. Es por lo mismo, querida niña, que ahora te veo como mi paraíso. Todo empieza con unas puertas de rejas doradas que pueden simbolizar la entrada a tu corazón. Después de ingresar, solo el más fuerte puede sobrevivir allí, erigir castillos y ciudadelas, y aguantar las desconcertantes hambrunas producidas por los eternos inviernos que se engendran y se extienden por tus caprichos y tus desdichas.

Muy bien, allí hay montañas enormes, lagos puros, ríos caudalosos, un sol prominente y una luna desdeñosa. También hay volcanes furiosos, colinas sin hierba, cementerios interminables y mausoleos espléndidos. Y hay vida: Flores purpúreas que se riegan como una alfombra por hectáreas interminables, árboles frondosos y animales majestuosos, como por ejemplo mariposas enormes y azules, y panteras de ojos verdes.

Ahora bien, mi travesía por tal paraíso se remonta desde que te conocí, mi eterna amada. Mi alma pareció ser succionada por esos grandes ojos, hasta posarse frente a las rejas que dan ingreso a tu corazón. De una manera que no vale la pena citar, logré entrar, y conocí todo lo que tu mente creaba.

Caminé por eterno tiempo entre las soberbias montañas que producían tus inseguridades y tus desconfianzas. Las mismas brumosas montañas que formaban los muros que te protegían y te calmaban. Y logré traspasarlas después de conocerlas todas. Llegué a bellos prados, soleados por tu felicidad y tu amor, y me bañé en los lagos que causaban tus lágrimas de alegría. Calmé los ríos que tu melancolía y tu amargura embravecían, y pude navegar por ellos sin problemas. Y después fui a la parte más austral de tus sentimientos, donde el caos dominaba.

Allí fue donde mi prueba empezó. Me interné en parajes dignos de Dante. Vi interminables camposantos en donde se sembraban cuerpos en vez de espigas. Allí, de las almas atormentadas que fueron destrozadas por tu corazón, emergían gusanos impíos y larvas de mortificaciones pasadas, de amores fallidos. ¿Acaso acabaré así, como un impúdico cadáver que tendrá por descanso un sarcófago estrecho y por manto una tierra seca? Y temí por eso.

Seguí subiendo por accidentadas pendientes, y dudé más al llegar a tus furiosos volcanes, levantados por tus rencores y tus amarguras. Y temí quemarme con la lava que salía de las negras bocas de las melladas montañas, como sangre producida por tu venganza y por tu soberbia. Una sangre calentada en los hornos de tu envidia y de tus celos. ¿Acaso moriré condenado entre esa ardiente lava o cocinado entre esas enormes calderas?

Y vi, en colinas más altas y más áridas, mausoleos con estatuas labradas. Tales panteones marmóreos tenían almas enterradas en vida: Hombres que lograron hacer mella en tu corazón, pero que pagaron el precio al ser sepultados cuando todavía respiraban. Hombres que te hicieron daño, pero que no lograron hacerte hincar. Algunos eran astutos y orgullosos, como yo, pero otros tontos e insulsos.

Allí, mi amada, nunca llegaba la luz del sol ni el brillo pálido de la luna. Allí solo brillaban estrellas con debilidad. Allí la noche era eterna, pues era tu pensamiento más oscuro y sombrío, aunque inactivo; pues ya nadie te hacía daño para ese momento. Allí las estrellas simbolizaban las inalcanzables esperanzas formadas por esos desdichados enterrados, esas almas encerradas en las criptas. Casi todos esos tristes anhelos consistían en nunca haberte conocido.

Sin embargo, hubo un recinto en especial que llamó mi atención: Un hipogeo vacío, custodiado por gárgolas aladas y siniestras, y con un rótulo sin nombre, pero con la fecha

actual. ¿Acaso ese sepulcro está destinado para mí alma? ¿Acaso me enterrarás prematuramente como si sufriera de una horrorosa catalepsia? ¡Respóndeme, amada mía!

El desespero me tomó y me ahorcó, sofocándome. Pero seguí hacia el sur, hasta las montañas ennegrecidas y lejanas, buscando de nuevo la luz de tu felicidad y de tu alegría. Así que seguí caminando, subiendo y bajando colinas cargadas de lápidas sin nombres que simbolizaban tus amados anónimos: Hombres que estaban o están enamorados de ti, pero que nunca se atrevieron a salir a la luz por miedo a un rechazo. Los hombres que prefirieron verte como una estrella inalcanzable, y que se alimentaron de sus fantasiosas esperanzas, como quien se alimenta de su propia carne cuando no tiene nada más que comer. Los mismos hombres que, sin saberlo, dilapidaste bajo esas colinas cargadas de huesos y almas sin nombres.

Supe entonces que una parte de la mujer simboliza un infierno, los profundos socavones de la desdicha, los embriagantes perfumes del dolor; pues una mujer puede bañar al hombre en un dolor más penetrante que lo físicamente posible. La mujer puede ser la perdición de una mente débil, de un corazón entregado y de un alma bondadosa pero inocente.

Pero, impulsado por los deseos de dominar por completo tu corazón, logré salir de la eterna noche de tus desdichas, de la fría cúpula de estrellas sin alegría, de entre los cuerpos embalsamados por tus recuerdos, de los cráteres de tus heridas pasadas y de las azarasas maldiciones producidas por tu indescriptible belleza. Y salí de nuevo a que el amoroso sol me abrazara con su calor, y tibiara mi azotada espalda y mi adolorida y atormentada mente.

Entonces vi las hermosas praderas herbosas que se abrían por tu felicidad. Entré a un sopor a causa de los dulces aromas de las flores púrpuras que siempre te identificaron, y que allí parecían multiplicarse por miles. ¡Oh hermosas flores púrpuras! El color púrpura siempre fue el color imperial en la antigua Persia, puesto que el pigmento para crear esas mantas era escaso y muy costoso. Por lo mismo, el púrpura era, para mí, el mejor regalo para mi reina.

Ahora bien, aletargado por ese hermoso color, digno de las más bellas hadas, conocí el brillo del sol, producido por tus ojos cuando se cristalizaban al verme el rostro. También vi el brillo blanco de la luna, generado por el esmalte de tus dientes cuando sonreías. Y, aunque sufrí los inviernos de tu desaprobación y de tu indiferencia, creé ostentosas fortalezas en tus primaveras, y desde allí te defendí de los malos hados y de las dañinas insignias que provenían de paraísos ajenos, de personas externas y extrañas. Y construí ciudades donde los hombres eran mis oníricos pensamientos, y las mujeres creaciones majestuosas de mis sentimientos. Esos aldeanos cultivaron deliciosas cosechas que florecieron en tu fértil corazón.

Pero bajo tu felicidad también hay almas que sufren, pues los mundos producidos por la mujer son impredecibles e inexplicables. A esto me refiero cuando conocí, bajo el sol que flama por tus complacencias, los palacios coloreados de tus locuras, edificadas en prados azules, (pues tu enajenación no tiene lógica). Esos palacios, de cúpulas conopiales como los recintos de los sultanes, tenían colores vivos: Amarillo, azul, rojo, verde, etc. Y estaban repletos de espejos. Había allí cristales que mostraban esbeltas figuras de lánguidos personajes: Hombres que habían salido bien librados de tus inocentes perfidias. Pero en cambio había otros espejos que deformaban los reflejos. Estas grotescas imágenes se daban

a causa de tus planeadas falacias, de tus pícaras y malévolas travesuras. Esos tristes reflejos, encerrados en espejos de labrados marcos, solo deseaban reflejar la realidad, y no la imagen que tú habías impuesto en ellos. Eran pobres y humillados hombres, vestidos como bufones amarillos de sonoros cascabeles, que habían caído a tus pies, enamorados y sumidos a tus deseos de juego y pasatiempo.

Sin embargo, después de jugar con tu peligroso naípe de amor, y salir bien librado de un ajedrez formado por tus amenazantes diversiones, sembré, en medio de tu soleada y cálida primavera, árboles de sinceridad que daban frutos de confianza y descanso. Construí en tu alegría iglesias y mezquitas, y templos y monumentos; todos solo para adorarte. Y subí a la montaña más alta de tu alma y enarbolé mi estandarte de amor, también purpúreo (pues soy rey de esas tierras, ya que las conozco mejor que nadie).

Yo volví del infierno de tu corazón, y conocí los reflejos de tu locura, el cielo de tu felicidad, el tormento de tus imprudencias, el caos de tus acciones, la pureza de tus sentimientos, los espejos de tus confusiones, el furor de tu pasión, el calor de tus primaveras y el hielo de tus inviernos. Nadie nunca me quitará esa poderosa corona, pues por más que cuentes tus pérfidas historias, nadie las vivió como yo, ni las vio como yo, ni las sintió como yo. Así me quiten la cabeza, querida niña, seré un decapitado coronado; un cráneo vacío de pensamientos, pero con un airón forjado por la historia de tu vida. Seré el guerrero y protector de tus paisajes vulnerables. Seré el poderoso Cerbero de tu alma y el dueño de tu recuerdo.

Sin embargo, me preguntó cuánto durará mi reinado en tales mundos. Aunque estas tierras son más mías que tuyas, (pues las conozco mejor que tú), todo lo que empieza debe terminar. No sé si el final de mi imperio está próximo, pero a veces sufro de horribles pesadillas, y sueño descender a la negrísima Siberia de tus amarguras, y me despierto cuando me veo viviendo en el ennegrecido cielo de tus olvidos. ¡Qué siniestra y apocalíptica alucinación! Temo por mi redención, y temo quedar encerrado e inerte entre las paredes de una casa terrorífica, emparedado como un cuerpo que un mórbido asesino debe ocultar.

Por todo esto, prefiero que me expulses y me exilies, mi amada, de tus mundos, a una Antártica fría, yerta y lejana, antes de que me entierres en la cripta oscura y tenebrosa, como un muerto que nunca supo vivir; como un vivo que siempre estuvo muerto.

LA CANCIÓN DEL JUEGO

Sumergido en su propia opulencia, el hombre actual ha mermado el poder de sus propias creencias a tal punto de desafiarlas. Hago esta afirmación porque los jóvenes actuales, y me incluyo, nos creemos omnipotentes, y, por actos de rebeldía y ego, aclaman más al Diablo que a Dios. El desafío a Dios se volvió común, y esto se dio por los inmensos avances científicos y tecnológicos que hacen casi todo posible.

En nuestra rebeldía y osadía, falseamos la existencia del Redentor por medio de los conocimientos que a nuestros ojos se han presentado en los últimos dos siglos. Siendo un

experto en matemáticas y física, también actué así. Ya no me daba miedo negar los poderes teológicos. Por lo mismo, al olvidar el miedo a Dios, olvidé al Demonio.

Es muy común que los gustos perversos dominen varias mentes. Los placeres horribles y las acciones provocadoras son frecuentes, a tal punto de intentar ser ocultistas sin lograrlo. Ahora es fácil identificar una persona con estos gustos con solo mirarla de lejos. Pero parece ser que la persona en sí se jacta demostrando su «bravura», su valentía y su falta de temor al que llaman «Todopoderoso».

Ahora bien, todo esto fue citado porque así era yo. Amante de la oscuridad, del color escarlata del líquido que corre por nuestras venas, y de las insignias engendradas por el Mal. Me hundí en mi orgullo y me alimenté como un alma en pena de mis propios conocimientos. Lo tenía todo: Una reina que dominaba mi alma, unos amigos que se asemejaban más a sombras, una familia prominente y decente, dinero por doquier, etcétera.

El único pequeño inconveniente era que mi amada sufría una extraña enfermedad muy dolorosa. Su cuerpo no había asimilado bien los síntomas, y por lo mismo, se sumía en la cama constantemente. Los días anteriores a mi tragedia no pude ir a verla por cuestiones laborales; y ahora me arrepiento.

Mi rutina perfecta culminó cuando llegó mi muerte y los Ángeles, airados por mi desafío mortal, me ordenaron bajar por una escalera abovedada hacia el umbral del Infierno. El aire estancado era bochornoso, aunque todo estaba oscuro y no había fuegos alrededor. Bajé a tientas hasta ver el rótulo hecho trizas del portón de las tinieblas. Las lúgubres rejas estaban abiertas de par en par, y como llevado por un impulso enigmático, seguí un camino azotado por quién sabe qué maleficio, hasta llegar a una choza miserable.

Entré y llegué a una cámara no muy grande. En el medio de la cámara había dos sillas y una mesa. Las sillas eran de madera negra, bien labradas y con tallados elaborados. La mesa tenía el mismo porte, pero su superficie era de un barniz rojizo que me cautivó. Y, sobre la mesa, había un ajedrez hermoso de fichas marfiladas y lacadas. El tablero relucía sobre la superficie roja de la mesa, y las fichas, con formas humanas, parecían aletargadas, iluminadas por una lámpara que pendía de forma tenebrosa sobre la mesa, lanzando un brillo amarillento y podrido.

Llevado por mi curiosidad y un sentimiento indescriptible, me senté y detallé el ajedrez. Y, mientras lo hacía, sentí un aire cálido en mi rostro. Levanté la mirada y lo vi. Aun así, no titubeé, y le sonreí.

-¿Jugamos? -preguntó.

Acepté de inmediato, puesto que me había vuelto un maestro del ajedrez.

-Primero mira tus fichas -me pidió el Diablo.

Miré las fichas blancas, las mismas con las que debía jugar, y vi, para mi sorpresa, que todas tenían mi rostro. La torre era una hermosa edificación con una figura de mi persona en la cima. El caballo era un jinete con mi rostro. El rey era yo con una corona. Los alfiles eran mi figura vestida como un sacerdote (lo que me causó gracia, al igual que al Demonio). Los peones eran figuras de mí mismo, pero hincados y con la cabeza baja. Pero mi reina no tenía rostro.

-Ahora mira las mías -me pidió.

Las miré y me petrifiqué del temor. Las torres y los caballos tenían las imágenes de mis familiares. Los alfiles mis más preciados amigos. Los peones personas conocidas que apreciaba. La reina era la imagen de la mujer que amaba. Su rey... sin rostro. Así empezó la canción de «El Juego»:

-Ficha que salga del tablero, alma que es tragada por los socavones del Infierno -me aseguró, desdeñoso y tramposo.

Me levanté de inmediato, ofuscado y temeroso. -¡Entonces no jugaré! -increpé.

-¿Acaso piensas perder?

-¿Y si no quiero jugar?

-Quedarás entre estas llamas -añadió-. Solo si me ganas te ganarás el perdón de Dios, además de tus alas blancas.

Así que, resignado, asentí. -¡Que sea así! -exclamé furioso-. No perderé, y te ridiculizaré -añadí.

Pero el Demonio solo sonreía, y nada respondía.

Me es imposible describir el dolor que me causó efectuar jugada tras jugada. El Diablo en verdad parecía ser un principiante de vez en cuando, y muchas veces dejaba fichas sin protección, simplemente para ver mi rostro de dolor al sacarlas del tablero. Cada vez que esto sucedía, un grito lastimero invadía todo el recinto, como proveniente de hondas y negras catacumbas; y la voz era, sin lugar a dudas, la misma que la de la persona eliminada del juego.

-¡Qué horrible juego es éste! -exclamé incontables veces.

Pero el Demonio solo sonreía, y nada respondía.

Entonces, después de movida tras movida, y de dolor tras dolor, el Demonio y yo llegamos a un horroroso punto, un doloroso fragor, en el cual, entretejidos en ardua batalla, tenía una posibilidad de salvación. Pero, para recibir la tan anhelada redención debía matar a la reina del Diablo, a la princesa de mi corazón.

-¡Te maldigo! -le exclamé al verme encerrado.

Pero el Demonio solo sonreía, y nada respondía.

¡Qué horrible situación! Allí estaba, frente a mí, una ficha con su rostro, un significado de su alma. ¿Cómo el Diablo podía jugar así con las almas de mis amados simplemente para condenarme a su dominio y a sus brasas? No recuerdo cuántas injurias le grité al Demonio, pero éste solo sonreía, y nada respondía.

Los minutos se volvieron horas, pero no me atrevía a mover mis fichas. Solo era manejar mi caballo para darle muerte a su reina, a mi amada querida. Pero la amaba con pasión. No deseaba que su bondadosa alma siquiera viera esos horribles pozos que genera la locura del Infierno. Me era imposible sacrificar su alma para salvar la mía. ¿Qué hacer?! Me levanté, injurié al Demonio, me volví a sentar, me tomé la cabeza, sudé, blasfemé, me sobé la frente, me volví a levantar, me volví a sentar, apreté los dientes, crispé los puños, busqué otra salida; pero supe que nunca la hallaría.

Entonces supe que mi error no había sido jugando esa partida, sino antes, en vida, cuando olvidé las fuerzas inexplicables, y olvidé la maldad del Ángel Caído, el creador de la envidia. Llevado por mi orgullo y mi razón supuse que el Diablo no era real, y que era un cuento para asustar. Incluso pensé en que era mejor reinar en el Infierno que servir en el Cielo. Pero en el Infierno se gobierna por el miedo y la desesperación. ¿Cómo olvidé que la maldad nos cobija a todos, y de ella nada bueno sale? ¿Por qué llegué a pensar que sería la mano derecha del Demonio, cuando éste no es más que un miserable traidor que no tiene clemencia por nadie y no sabe qué es la amistad o el amor?

Así que, llevado por mi infinito amor hacia mi querida princesa, tomé mi rey y lo acosté sobre el tablero, aceptando mi derrota y mi condena a esas hórridas tierras. Pero, para mi sorpresa, escuché un grito desesperado que emergió del tablero de ajedrez. Entonces miré hacia la mesa y vi que la ficha marfilada y negra con la figura de mi amada sollozaba, arrodillada y arrepentida. Se cubría el fino y tallado rostro con sus manos, como si intentara ocultar la honda congoja que le dio al verme perder la partida.

-¿Por qué te has rendido, amado mío?! -exclamó furiosa y desdichada.

-No puedo condenarte -balbuceé a la pieza negra, sorprendido.

-¿Acaso no lo entiendes? -me preguntó aterrada y desesperada-. ¡Yo ya estoy condenada! -añadió con desesperanza.

Entonces supe el por qué mi reina no tenía rostro: Ya no estaba viva; ya estaba muerta. Supe que la enfermedad había hecho presa a mi amada, y ella habíase convertido en un delicioso cadáver, en un maligno señuelo. Ella había sido la única ficha condenada desde el inicio de la partida, y por ella me había sacrificado. Un placer envenenado, una malsana movida.

-¡Ahora tienes todas las almas de los que amo: Mis amigos y mi familia, el alma de mi amada, además de la mía! ¿Qué más quieres, maleficio encarnado y vertedor de la desdicha?! -le grité, condenado y sumido a las horrorosas Vampiras. Y lo maldije, y sigo haciéndolo, por el resto de mis infinitos y ennegrecidos días, con mi alma atormentada, enjugada, adolorida y destruida.

Pero el Demonio nunca prestó atención, y no se apiadó; pues al escucharme solo sonreía, y nada respondía.

LAS SIETE BESTIAS (*Septem Bestias*)

En el siglo VI, después de que el papa Gregorio oficializara los siete pecados capitales, el pergamino «*codex septem bestias*» apareció en la iglesia de Santa Caterina, y decía:

La primera bestia emergió vestida de llamas rojas, derritiendo todo a su alrededor, y calcinando con su intolerancia carne y tendones de conocidos y desconocidos. Se anidó en los cuerpos de los inseguros, *Irae* se hizo llamar, y con sus alas humeantes quebró huesos cráneos por celos, por irritación y por incompreensión. Y destruyó a mordiscos familias y sociedades, llevando de las riendas por una cabeza sin cerebro, pero con un cuerpo macizo y musculoso. Y con mazas en sus manos nudosas aplastó cabezas y gritó injurias, siempre sin arrepentimiento ni dolor.

Y detrás de la primera bestia venía una segunda, susurrándole al primer monstruo, descerebrado pero fuerte. La segunda parecía una serpiente verde y escamosa, pero de tamaño colosal; tan grande que no cabía en el pecho y, regularmente, emergía a los rostros de los envenenados. Fue conocida como *Invidia* y pululaba entre pares. Superficial como era, se alimentaba de los corazones infectados por visiones ajenas, vidas no propias, éxitos de gente cercana. Su áspera piel a menudo amarga a quien la incuba, y prepara el corazón secándolo para el ardiente ataque de *Irae*. Es dispersa de atención y puede esparcirse como la peste, y debe serlo y hacerlo, pues necesita de muchos, ya que una persona solitaria o enfocada no sufre de envidia.

La tercera bestia, conocida como *Avaritia*, tenía bien definida su forma, pues los hombres la vieron claramente como un dragón bicéfalo y espantoso, al que le brillaban los ojos por el oro y las joyas. Trajo tras sí desgracias, y amamantaba a *Invidia* y a *Arrogantia* para hacerlas crecer en el interior de todos los mortales. Fue ella quien condenó a reyes y nobles, y quien armó guerras por riquezas que no se necesitaban. Este inmundo dragón es quien no permite la satisfacción de la humanidad, es esta bestia la acérrima enemiga de la gratitud. Es este monstruo quien no permite que las arcas se llenen, aunque no se necesiten.

Y entre las patas de ese horrible dragón llegó *Arrogantia*, poderoso guerrero, soberbio y ciego. Las razones no le llegan de ninguna forma y la humildad le es esquiva. Aplasta a quien vence y minimiza a quien teme, y, consciente de su poder, se ensaña en abrir la herida de los derrotados. No se posa sólo sobre los poderosos, pues a menudo abre con su lanza las cabezas de los pobres, y allí se sienta haciendo creer que el miserable es mejor que el miserable. Incluso logra distorsionar la realidad, llenando de espejismos las mentes débiles, y poniendo coronas a todos: A quienes tienen riquezas y a quienes tienen hambre. *Arrogantia* es un poderoso guerrero, y a vez la bestia más mentirosa de todas.

Estas cuatro monstruosidades ya mencionadas son muy agresivas, pero tras ellas vienen tres bestias más sutiles, pero igual de horripilantes: *Libídine*, *Gula* y *Desidia*.

¡Oh qué diferente es *Libídine* al resto de esas criaturas! Mientras las otras abominaciones aterrorizan con crueldad al mundo entero, la lujuria lo arrodilla con sutileza. Ella, perfumada y con caminar pendulante, cual lagarto irritado, inmoló la mirada de toda la raza humana. Sólo los ciegos escapan de ella, siempre y cuando no queden expuestos a su caricia siniestra. Sus curvas destrozan orgullos y sus besos blanquean las mentes. Una promesa bajo su dominio es una promesa vacía, de la misma manera que no se puede prometer nada en instantes de felicidad. Ramera la llaman muchos, pero bajo las sotanas hierve su poder, y en cuartos encerrados hombres y mujeres sucumben sudorosos y avergonzados. Esta bestia, hermosa sin discusión, causa destrucción en el cuerpo de los mortales, pues acuna en la humanidad la violación y la traición familiar, sus principales y más comunes venenos.

Y tras la figura curva de *Libídine* se alzó, lenta y hedionda, una bestia con forma de cerdo. *Gula*, ese repugnante monstruo, llegó arrastrando ese cuerpo, esa mole horripilante llena de linfomas y llagas causadas por la fricción de los pliegues de la piel. Esa «cosa» amorfa que hincha los estómagos de las personas y causa los famosos *vomitorium* romanos. Hace que los humanos apesten a lo lejos, deforma los cuerpos esbeltos, llena de grasa los órganos, exige

de manera inmisericorde los corazones y mata sin piedad, dejando la palabra «mórbido» marcada en la frente de todos los cadáveres que esparce por el mundo.

Y finalmente emergió la séptima bestia, lenta e impulsada únicamente por la invasión de las seis anteriores. La última en llegar fue *Desidia*, la pereza, un humanoide esquelético, desprovisto de músculo a causa de su falta de actividad. Bestia terrible y cadavérica que parecía dopada, pues se comporta como un vicioso llevado a un mundo psicotrópico, que se sabe que está vivo sólo porque parpadea lentamente. Lanzando un brillo azulado, *Desidia* esparce a su paso la desgana, y causa ampollas en las espaldas de quienes no se levantan de la cama. Este demonio es el causante del estancamiento de la humanidad, pues rompe a dentelladas las metas de los hombres, y no los deja avanzar. Lanza sopores a las cabezas contagiadas, monta muros gigantes donde los caminos son llanos, muestra terribles obstáculos donde no existen. Y tras su marcha, que forma la retaguardia de los siete pecados, no crece nada.

EL OCASO DE CUPIDO

Al inicio, su sonrisa iluminaba toda la habitación. Sus manos eran cálidas y dulces, y sus palabras empáticas y comprensivas. La necesidad de estar a su lado era constante, y las horas eran eternas si estábamos separados. Caminábamos de la mano por pueblos mágicos, mirando el mundo lleno de colores, y todo era posible si trabajábamos juntos. Amaba todo de todo.

Después, bajo el peso aplastante del tiempo, vino la rutina, la adaptación y el conocimiento de su alma. No me espantaron sus defectos ni sus manías, las cuales encontré de frente y sin aviso. Paciente como Buda, vi en su ser un ser mortal, errado, sentimental y, a menudo, irracional. Aun así, sin dudarlo, pensé que podía lidiar con su espíritu libre y su maravillosa compañía.

Pero el tiempo, la monotonía y el desinterés carcomen el amor como el óxido al hierro. Los días de sol brillante y brisa refrescante fueron oscureciéndose, y se volvieron lluvias tempestuosas. Todo el panorama empezó a cambiar. Antes me parecía que su alma estaba guardando en su cuerpo, cual monje en su templo; pero la percepción cambió: ahora era un cuerpo que apesaba un alma apestosa, cual custodio a los reos. Y todo empezó a verse pardo y árido. Y sus manos ahora eran frías y duras, incluso crueles. Y su sonrisa ahora era macabra en vez de bondadosa. Su cuerpo empezó a verse más pálido, casi morado, y su cabello dejó de brillar, y, en vez, se tornó grasiento. Su cuerpo se vio mancillado, informe como una mole rolliza. Incluso su maravilloso perfume se volvió amargo.

Lo verdaderamente terrible es que no cambiamos. Su físico sigue igual, su perfume es el mismo, su salud es estable. Y sé que también me ve horroroso, tedioso, terrible y hediondo; aunque o soy horroroso ni tedioso, ni terrible ni hediondo. Lo único que cambió fue la percepción, la inclemente percepción, causada por el ocaso del amor, la merma de la pasión, la pereza de Eros y la ociosidad de Cupido. No cambiamos físicamente, sólo cambiaron la realidad de los ojos de nuestras almas.

LA BIENVENIDA

Apenas abrí los ojos no vi más que oscuridad, como si estuviera ciego. Sabía que tenía los ojos abiertos, pero las tinieblas eran intraspasables. Golpeé entonces la madera frente a mí con los puños, intentando sacudir la puerta. Pero las bisagras no se movieron. Y casi de inmediato sentí unos golpes violentos desde afuera, como una bestia horrible que intenta entrar a la fuerza por su presa. Cuando los golpes cesaban, intentaban hundir o halar la madera frente a mí, desesperados por entrar. ¡Y ese hedor...! Yo, aterrado, inmóvil y en silencio, intentaba entender la situación; pero me era imposible, ya que sabía que sólo horas antes me habían enterrado.

LA PIEDAD NEGRA

Todo gira en torno a una terrible pintura de un autor desconocido, digna de ser la quinceava obra negra de Goya, pero más cercana a La Piedad de Baldomero Romero Ressendi. La blanca Piedad de Miguel Ángel llena de luz a la virgen María, mientras sostiene en sus brazos maternos a un Jesús moribundo; pero el cuadro que pende frente a mí es terrible como el abismo. Sus trazos verdosos y acres muestran una virgen oscura y terrorífica, sosteniendo a un Jesús esquelético y maltratado. En sus pies reposan dos cráneos y una corona de espinas, y hay un cielo sin luz con una cruz invertida, como la sombra de Pedro crucificado entre borrosos fondos.

Y mientras veo tan aterrador cuadro, siento como la piel me cuelga y los ojos se me hunden. De repente me siento famélico, cual león anciano que no caza. Y el hambre se hace inaguantable, a tal punto que debo arrodillarme porque no puedo tenerme en pie. Aun así, no soy capaz de dejar de ver ese horrible cuadro, solitario, colgado en la amplia pared, iluminado por dos reflectores blancos que le dan un protagonismo fantasmagórico.

Y poco a poco la piel se me seca, y desaparecen mis ojos y mis labios, y mis manos se alargan y se vuelven falanges, mientras siento cómo toda mi carne es absorbida por los ojos de esa maligna virgen, de mirada trágica y dolorosa. Al mismo tiempo siento que a los pies destrozados de Jesús caen mis deseos y mis sueños.

Así poco a poco voy desapareciendo, dejando un osario horripilante en el suelo lustrado. Mientras el cuadro de La Piedad, triunfante, destruye mi existencia con sus pinceladas magistrales, enviándome a una Siberia negra y fría. Es así que el arte absorbe la genialidad de los virtuosos y la voluntad de los apasionados.

EL CASTILLO

La palabra corazón hace referencia a los sentimientos nacidos del amor. No es el corazón en sí el que siente, pero sí se acelera cuando tenemos cerca una persona que nos atrae. Sin embargo, ya aclarado esto, seguiré haciendo alusión a la palabra corazón.

Ahora bien, hay corazones duros como el hielo, y hay otros vulnerables como la oveja. Hay unos que aprovechan la situación, cuales lobos hambrientos, y hay otros que se regalan a sí mismo, cuales enfermos a las vacunas. Hay unos que se llenan de dependencias, como los presos que han pasado toda su vida en una cárcel, y que por lo mismo les asusta el mundo.

Pero tu corazón, mi amada reina, es distinto, y a lo único que se asemeja es a un poderoso baluarte, o a un imponente castillo. Allí, mi niña, hay varios habitantes, y a sus afueras ejércitos enteros para invadirlo; entre esos ejércitos uno con un estandarte poderoso: Un pendón donde tengo enarbolada mi alma.

Tienes allí sentimientos encerrados, presos de guerras pasadas; almas de hombres que te amaron, pero a los que tú no amaste. Y siguen presos porque jamás salió de tu boca frase alguna, ni un desprecio ni una aceptación. Allí siguen esperando una sentencia proveniente de la reina que domina el castillo, sentada plácida sobre un trono imponente: He ahí tu razón.

También hay otra clase de presos: Tus sentimientos. Estados de ánimo que jamás dejas salir, que amurallas con tu rostro inexpresivo y tu soberbia cautela. Sentimientos encerrados con barrotes de orgullo que no ceden ante los más fuertes terremotos.

Y hay dos tronos allí: Uno está dominado por la reina, o sea por tu razón. Ella viste de azul, con bordados de oro y plata. Una majestuosa corona brilla en su altiva cabeza, y una mirada de granito escruta cualquier presencia. El otro trono lo domina una bella doncella, de vestido rojo como la sangre, que simboliza tu impulso. A veces, caprichosa y mimada, anda por el castillo y te hace sentir extraña, indecisa, dudosa; a veces canta, lo que te ocasiona una alegría incontenible al realizar una acción sin pensar; pero cuando se posa sobre el trono de la reina cometes errores, y llorar por ellos.

Ahora bien, afuera del castillo, como mendigos en un invierno inclemente, hay poderosas pero cansadas brigadas que desean a toda costa conquistar tu corazón, invadir ese majestuoso castillo para poder dominar tu ser. Pero los muros son poderosos, pues tu silencio es un abismo profundo, un foso alrededor de torres que vigilan, cuales ojos sublimes, toda acción masculina. Y detrás tus ojos, hechos de joyas negras y preciadas, que ni los fantasmas logran burlar.

Además, hay un tesoro enorme tras esos murallones: En las salas llenas de frescos y lujos, reposa tu belleza, como una tierna madre que abraza con fervor tu rostro y tu cuerpo entero. Y, sin embargo, las joyas más preciosas del castillo están en las catacumbas, donde tus brillantes sentimientos claman salir de los cofres y así encontrar por fin la felicidad en otro castillo. Allí hay joyas azules de tristezas, esmeraldas de esperanzas, rubíes de amores, ágatas de furia, y más; formando así un tesoro tan gigantesco, que ni todas las riquezas de los galeones juntadas por los piratas de todos los tiempos podrían igualar el valor de tu corazón.

¿Qué no daría, mi hermosa muñeca, porque no tuviera que invadir ese castillo a la fuerza, y en vez abrieras con una sonrisa esas puertas de potentes batientes?! Dime, mi amada princesa, ¿qué debo hacer para obtener las joyas de tu corazón sin necesidad de una espada y un escudo? El filo de mis palabras desaparece con el pasar de los días, y mi escudo se vence

cada vez que me sonríes. Dime, mi bella porcelana, ¿qué necesito para abrir las puertas de tu corazón?

LA ESTATUA

En cada conversación que logro batirte, nace de mis nervios un bloque pétreo, poderoso como una montaña y alto como mi orgullo. Pero cuando me hieres con tus palabras, hechicera de rostro perfecto, afilas un cincel poderoso que ansía romper el muro que rodea mi alma fosforescente. Por eso, mi querida niña, decidí esculpirte en un altar subterráneo, erguido en la mella de mi negro y abismal tormento, cual beldad enarbolada. Debo hacerlo ahora, pues aún tengo la cabeza sobre los hombros; pero si sigo desentrañándote y mi corazón sigue palpitando estrepitosamente a causa de las bondades que ve en ti, pronto tendrás mi cráneo como una estrella de plata que iluminará tus anfractuoso caminos.

Entonces te haré un traje digno de una diosa, y lo pintaré con todos mis sentimientos, y lo moldearé como una garita que cubre tus sentimientos. Le sacaré el azul a mis lágrimas para hacerte un manto, y lo bordaré con hilo rojo hecho de la sangre que lograré sacarme de las espinas de mi corazón. Y lo adornaré con esmeraldas que tallaré con mis esperanzas.

Con mi genio y mi vida te haré unas sandalias, poniendo mi arrogancia a tus pies. Y te coronaré con una diadema de plata como la luna que te iluminará en las noches despejadas. Y en la corona engazaré mis deseos y mis sueños, haciéndote dueña y señora de ellos. Y te daré un collar que trenzaré con mi astucia, y por joya tendrás un mundo de cristal imaginado por mí, donde vivirás cual sultana desdenosa. Y en él, poderosa deidad, serás la ama y señora de valles, praderas, montañas, ríos, desiertos, mares y bosques. Dominarás príncipes y reyes, y te envidiarán las duquesas y las reinas, pues jamás verán princesa más hermosa.

Tu altar, mi querida hechicera, lo adornaré de flores coloridas y de cirios luminosos como tus tiernos ojos. Haré que los perfumes rondan los incensarios cual culto a tu belleza, y te enmallaré con mis más férreos deseos de protegerte del mundo inclemente que se abre allá afuera; donde los crueles enanos y las cercanas vampiras ansían tus blancas alas, talladas por la mano más diestra. Esas alas que se abren en tu dorso pulido te llevarán a los mundos más dulces, teniéndome siempre como escultor, a tu lado y adorándote.

Para finalizar, mi dama blanca, haré la imagen de tu rostro en el bloque más fino de todos, y trazaré, cual maestro encaprichado, las dulces siluetas de tus facciones marmóreas. Adornaré tus labios con la pasión y el brillo, y tus ojos con el fervor de una cortesana enamorada. En tus cabellos ondulantes pondré mis pensamientos, que varían con cada rizo que absorbe el mundo, y pondré nácar en tu piel tersa, dándole un tono luminoso a tu imagen esmaltada.

Ahora, viéndote bajo la luz fría de las estrellas, con la cabeza altiva y el porte de una doncella, creo que ya acabé mi obra maestra. Con esto has horadado mis angustias y mis penas. Por eso te pido, mi adorada niña, que me dejes hacer esta escultura; pues, aunque no sea el mejor artista, sé que seré el hombre que más cuidará su obra.

LA MÚSICA DE LOS ARQUITECTOS

Todo en el universo ha sido creado por vibraciones que producen notas maravillosas en el vacío inmenso que se expande tanto en espacio como en tiempo. Como si fuera un joyero que crece, repleto de piedras preciosas, el vasto universo produce sonidos maravillosos, vestigios de la hermosa Música de los Arquitectos.

Las estrellas no sólo emiten luz, también emiten bellas melodías que pueden ponerse fácilmente en una partitura y crear la música de las esferas, mientras los agujeros negros invocan notas graves, formando oberturas poderosas.

En la tierra, la maravillosa sinfonía es claramente audible en el arrullo del mar, en el bramar del viento entre los ramajes, en el copioso sonido de la lluvia sobre el dosel del bosque, en el pasar del agua por las quebradas, en el cantar de las aves al alba; todos esos hermosos sonidos son sólo uno de los arpeggios que los Arquitectos compusieron.

También hay muchos virtuosos que, conscientes de la música engarzada en su interior, intentan replicar con instrumentos las hermosas notas primigenias que dan vida (aunque admito que, de las bellas artes, la música es la más degradada). Aún las palabras, blancas o rojas, crean o destruyen en este mundo de cuerdas.

Y en nuestros hogares, alejados de los ruidos de las famélicas ciudades, podemos escuchar una pequeña parte de la música al disfrutar el ronronear de nuestros gatos o el sonido de las uñas cuando nuestros perros, nuestros amados perros, corren a recibirnos felices.



FIN

